

EL PAÍS , 29 AGOSTO DE 2000
VILLALTA MARZI INSTALA SUS MITOS TAURINOS EN PALMA.

La Fundación Miró ha quedado invadida este verano, hasta el 20 de Octubre, por la tauromaquia plástica y simbólica y la música folclórica de la vieja España. Por Andreu Manresa

El espacio cúbico y el pasillo en túnel que creó Rafael Moneo en el edificio escultura de evocación de Miró en su Fundación de Palma de Mallorca han quedado invadidos este verano (hasta el 20 de octubre) por la tauromaquia plástica y simbólica y la música folclórica de la vieja España. Llegaron la corrida nocturna y los toreros de Esteban Villalta Marzi (Roma, 1955). Los diestros son hercúleos y trágicos, con la agarrada musculatura de los corredores de velocidad al llegar a la meta de los cien metros y aflorando en sus gestos y trajes las ironías cómicas y estéticas de la cultura mercurial de los tebeos, la de los mitos de películas de ciencia ficción y, también, de las tragedias permanentes que habitan en los corredores de los pasillos de las cárceles. Todo contra y sobre la muerte. El motivo central de la muestra radica en la oscura plaza de toros, una porción de la fiesta desmitificada, con albero pisado, un torero enorme de manazas de gorila proyectando sombras y, en el tendido simulado, en un friso de caras tópicas, los homenajes del artista al mundo que vive con mirada de pop, bien americano o con historietas de sabor japonés. Villalta Marzi es sobrino nieto del gran diestro Nicanor Villalta, pinta toros y diestros desde hace más de quince años, y a veces planta su cuerpo ante las vaquillas en España. En su estudio luce un traje de luces. Este hijo del también pintor —de vida demasiado breve, Mariano Villalta— tiene un estudio en La Lonja de Palma. Esta es su primera instalación más allá de la pintura plana. Una de las tres grandes obras en acrílico fue expuesta en una muestra antológica en Londres sobre el movimiento del pop-art. Sueñan así, contra la rutina, los pasodobles y clarines, en el vientre de la fundación que dirige Aurelio Torrente. “Me interesa el friso general obvio y tópico que se concreta en la corrida”, explica Esteban Villalta, introducido él mismo en el retablo de caras que ha pintado, nada secundario, en la grada de personajes de su corrida. “Supone una cierta idea de una España, la exótica que se caricaturiza a través de los toreros, la sangría y flamenco”, indica. Cargado de músculos bronceados y marcados de tatuajes perennes, mezcla sin altivez su doble código lingüístico y cultural, el italiano y el español. El artista cierra con esta exposición de Mallorca una parte del círculo de su regreso a sus orígenes causales. Vino de niño con su padre a la isla y, en 1978, de la mano de los amigos coleccionistas de aquél, expuso por primera vez en el inevitable Felanitx. “No conozco a Miguel Barceló, me sé muy bien su obra —me gusta mucho— pero sí le he visto de noche en Barcelona y en Madrid”, recuerda, distanciándose de la episódica pero importante tauromaquia de Barceló. “Yo no soy un pintor que ahora hace toros y toreros; muchos años atrás, quince o más, me fijé en esta temática con tanta carga plástica y vital; ahí están en mis exposiciones anteriores”, agrega el creador, con aire de extremo de su equipo de fútbol, la Roma, que mantiene la estética urgente del hombre que quiere ser triunfador, en eterna duda para retener la adolescencia. Esteban Villalta no quiere ser “sólo un pintor del pop”. Esteban se define en El lobo que nos habita y Blood runner, leyendas título con las que enmarcó sendas exposiciones.

LA ALTAMIRA DE LA FUNDACIÓN MIRÓ

En el complejo de la Fundación Miró es posible invadir tranquilamente, en pequeños grupos, las casas viejas de Son Matet, que son la Altamira del artista, donde tenía los estudios de obra gráfica y en cuyas paredes blanqueadas con cal Pepe Pardo salvó de la humedad y los desprendimientos los grandes grafitos, bestias, gestos y signos mironianos, tizados congruentemente como proyectos e ideas. Cerca de ahí, una selección de artistas becados marca piedras y cobres. Más abajo se entra sigilosamente en Son Abrines, con el bellissimo estudio de Josep Lluís Sert. Sin turnos, el monumental edificio de Rafael Monco domina el complejo donde habitan los mejores mirós de la familia y los experimentos de Villalta.

ANDREU MANRESA